

Fundamentos en Humanidades

Universidad Nacional de San Luis - Argentina

Año IX - Número I (17/2008) pp. 71/84

La esperanza como eje en la formación docente: aportes de la teología de la esperanza de Jürgen Moltmann

**Hope as the pivot of teacher training: the theology of hope
by Jürgen Moltmann**

Alvori Ahlert

Universidade Estadual do Oeste do Paraná

alvoriahlert@yahoo.com.br

(Recibido: 25/08/08 - Aceptado: 15/10/08)

Traducción: Mirta Palma de Zuppa - CELEX -UNSL

Resumen

Este texto es el resultado de una investigación bibliográfica que estudia la esperanza como una contribución en el proceso de formación docente a partir de la Teología de la Esperanza de Jürgen Moltmann. Se entiende que la esperanza constituye un eje temático capaz de conducir y sustentar la resignificación y la revitalización de la reflexión en el seno de la formación docente. Los resultados de la investigación afirman la esperanza como un eje de reflexión capaz de contribuir en la formación de profesores críticos, reflexivos y autónomos, capaces de mirar más allá de los límites objetivos del enseñar y realimentar la dimensión subjetiva, lo que permite la superación de la resignación, desilusión, cansancio y desgaste que la tarea de enseñar y aprender ha sufrido diariamente.

Abstract

This work deals with a bibliographical research that studies *hope* from the Theology of Hope by Jürgen Moltmann as a contribution to teacher training process. Through *hope*, teacher training can be resignified and revitalized. The results of this research work indicate that *hope* contributes to educate critical, reflective, autonomous teachers capable of looking beyond the objective limits of teaching and of enriching their subjective

fundamentos en humanidades

dimension, overcoming, thus, resignation, disappointment, tiredness, and attrition produced by teaching and learning processes.

Palabras clave

esperanza - teología de la esperanza - formación de profesores - crisis docente

Key words

hope - theology of hope - teacher training - teachers' crisis

Introducción

Es explícita e indiscutible la existencia de una crisis en la profesión docente. Dicha crisis se evidencia cada vez más por la baja autoestima de estos profesionales, por su baja eficacia, por la tímida intervención social de los docentes, por ser el primer número creciente de enfermedades entre maestros, por la desilusión y renuncia de los profesores en ver en su profesión un instrumento de transformación social, por la disminución en la búsqueda de esa profesión entre las nuevas generaciones, por la degradación de la imagen social del profesor, sin hablar de la baja valorización económica de esa profesión. Este cuadro de crisis de la profesión docente se constituye en uno de los fenómenos que más desafía la formación de profesores en la actualidad. Y la(s) respuesta(s) a los desafíos no serán proposiciones aisladas de una o dos áreas del conocimiento. Sin ninguna duda pasan por una nueva racionalidad, por concepciones ideológicas claras, por planeamientos políticos y técnicos, por teorías de enseñanza y aprendizaje, por una sinergia entre la Ciencia de la Educación y las otras áreas del conocimiento.

Pero, según Sá-Chaves (2002: 49 - 52) la situación de crisis y su discurso no es generalizable a todos los profesionales, pues existen casos personales de ruptura con esta realidad. Las alternativas de confrontación con la crisis deben tener en cuenta los factores estructurales, culturales, "placenteros" en el enseñar (ver que existen maestros que consiguen proponer a sus alumnos un proyecto de enseñar-aprender), la serenidad y la satisfacción personal de muchos docentes que se desdoblaron y superaron toda suerte de obstáculos para proporcionar a sus educandos el acceso a un conocimiento crítico, reflexivo e independiente. Esto significa reflexionar críticamente, desde el proceso de formación, sobre los tipos de conocimiento profesional y las estrategias de formación que sean motivadoras y

potenciadoras del desarrollo personal, social y profesional. En el contexto de los desafíos de la educación para el siglo XXI los docentes precisan tener el dominio sobre el papel determinante de las dimensiones ecológicas, social, personal y cultural en la construcción de un conocimiento profesional que facilite la comprensión de la realidad en las vertientes de la complejidad, de las incertidumbres y de la ambigüedad que caracterizan los actos educativos. Y eso también pasa por las cuestiones subjetivas, entre las cuales una de las cuestiones fundamentales es la esperanza. La esperanza es subjetiva. Está adentro de cada sujeto como forma necesaria de sobrevivencia en menor grado, y como impulso para avances y búsqueda de objetivos transformadores de la realidad en mayor grado. Pues la esperanza tiene estrecha relación con ausencia y carencia. Ella tiene referencias con la falta de algo para el sujeto o sujetos, y por eso, produce la convicción de solucionar esta carencia, accionando todas las posibilidades de lucha y construcción de alternativa y la creatividad para la construcción de nuevos modelos para una acción emancipatoria. Además de eso, la esperanza se transforma en redes de energía capaces de movilizar otras personas hacia una sinergia en favor de la superación de la crisis.

Metodología

Este trabajo tiene como objetivo investigar, a través de una búsqueda exploratoria y bibliográfica que, según Gil, “es desarrollada a partir de material ya elaborado, constituido principalmente de libros y artículos científicos” (1999: 65), la contribución de la esperanza para la formación del profesor, de modo que ésta capacite para enfrentar la complejidad que la sociedad actual exige de las funciones docentes en el contexto educacional de la sociedad occidental.

Consecuentemente, nuestro estudio enfoca la principal obra de uno de los principales pensadores de la teología europea del siglo XX. Se trata de la Teología de la Esperanza, de Jürgen Moltmann. Pretendemos hacer una lectura teológica de la esperanza, aproximándola a las ciencias de la educación con la intención de entender la esperanza como contribución fundamental para la formación docente frente a los desafíos de la educación en el siglo XXI.

Confluencias de la teología con la educación y su importancia en la universidad en tanto lugar de la formación docente

En Occidente el término Teología nace de la conjunción de las palabras Dios, en la lengua griega θεός, theos = dios, y de la palabra griega λόγος,

logos, = palabra, por extensión λόγια, λέγειν, logia, légein = verbo, palabra, discurso, estudio, conocimiento. La teología se constituye como ciencia a partir del siglo XII (Gutierrez, 1983:17). Desde el punto de vista cristiano, la teología es la reflexión que los cristianos hacen sobre la presencia de Dios en la historia de la humanidad, o el hablar acerca o a partir de Dios. En una perspectiva más actual, se puede hablar de reflexión crítica acerca de las relaciones que los seres humanos establecen, o hablan y piensan sobre dios o dioses, diosa o diosas. Por lo tanto, una ciencia que tiene como objeto la divinidad, lo sagrado, las relaciones de los seres humanos con la divinidad, con lo sagrado, el valor del ser humano, el valor de la vida y de la historia humana.

En la actualidad, esta reflexión teológica representa una importante contribución para la universidad. Los reflejos de la Modernidad todavía engeguen la realidad académica y las ciencias duras (naturales) y tecnológicas continúan teniendo la hegemonía de recursos y son todavía las preferidas de quien busca un lugar en la academia. El acoplamiento y la subserviencia a las ciencias duras, tecnológicas y biotecnológicas, al mundo sistémico, del poder y del dinero, han favorecido estas ciencias en la academia. Sin embargo, la humanidad, a pesar de todo el desarrollo científico y tecnológico continúa viviendo el horror de las guerras, de genocidios, del terror, de la violencia urbana, del hambre, de la miseria, de la soledad, de la enfermedad, de las catástrofes y de aquellas provocadas por la acción egoísta e incosecuente del ser humano.

Por eso, más que nunca, se hace necesario una reafirmación de las ciencias humanas en la academia y, por extensión, de la formación docente. Y entre las ciencias humanas la reflexión teológica puede ser una contribución importante, principalmente la de la crítica ideológica y, dentro de ella, el impulso para el diálogo interdisciplinar. Junto a otras disciplinas, como la filosofía, la antropología, la sociología, la teología puede contribuir para que la universidad mantenga y sustente su función histórica que es la búsqueda de la verdad. La función de la crítica ideológica de la teología puede enriquecer el diálogo actualizado sobre la interdisciplinariedad, pues la teología es la forma más radical de diferenciar entre lo eterno y lo efímero, entre dios/dioses y el ser humano. En este sentido, ella puede dar posiciones alternativas frente a la hegemonía absoluta y positivista de las ciencias duras en la universidad y por extensión en la formación de docentes, para que se garantice la reflexión de la diversidad constructivista de un conocimiento que posibilita una formación integral del ser humano.

El inmenso desarrollo tecnológico exige de las ciencias humanas, especialmente de la formación docente, una reflexión ética que traiga

equilibrio entre lo técnico y lo humano mediante la orientación sobre los valores necesarios para una vida con integridad y sustentabilidad. Es en este contexto que la teología puede contribuir en la construcción de una ética, de un conjunto de valores necesarios para una buena formación docente.

Además, es urgente desterritorializar los saberes. El positivismo todavía imperante en la universidad conserva cerrado los territorios de los saberes, manteniendo fronteras de control sobre los saberes. Pero la sociedad del conocimiento ha mostrado que estas fronteras del conocimiento están en crisis. Con el advenimiento del pensamiento complejo se introduce la dialéctica y las realidades se vuelven movimiento, lo que permite una transformación en los contextos de la investigación, de la enseñanza y del aprendizaje. Según Maria Teresa Pozzoli,

“Existe un nuevo concepto de frontera, que en la sociedad del aprendizaje no es la que separa los elementos antagónicos, es un tejido, poroso y transparente, a través del cual, en un proceso de ósmosis, los que hemos llamado ‘contrarios’ se mezclan y encuentran su lugar para el diálogo: el orden y el desorden, el vacío y la forma, lo que se piensa y lo que se siente” (2007: 179).

Asumir este modo de pensar significa adoptar un trabajo de desarrollo humano que tiene consecuencias éticas y estéticas. En este sentido, la interdisciplinariedad entre la teología y la pedagogía puede facilitar la articulación del pensamiento complejo en este tejido poroso y transparente, en el cual se mezclan los contrarios y se establece un diálogo entre el orden y el desorden, entre el vacío y la forma, entre lo que se piensa y lo que siente. La confluencia entre la teología y la pedagogía es histórica. Son compañeras de largo tiempo. Basta recordar aquí que el autor de la “Didáctica Magna”, Johann Amos Comenius era teólogo y pedagogo y escribió su gran obra en la confluencia de las dos áreas del conocimiento.

“‘Comenius fue teólogo y pedagogo en una única persona’ (Henkys, 1993, p.77) Sus escritos traían la marca del diálogo ininterrumpido entre teología y pedagogía. El concluye el largo capítulo de la obra Pampaedia con un verso del libro de Cánticos de Salomón: ‘Levántate, viento norte, y viene tú, viento sur; sopla en mi jardín para que se derramen sus aromas (Cantares 4.16a)’ (Comenio, p.51). Este fundamento avala su libertad de pensamiento. El viento norte y el viento sur representan el espíritu de Dios. El basó su reflexión en el espíritu divino. Y el espíritu sopla donde quiere. No puede ser

fundamentos en humanidades

secuestrado. La educación debe, pues, formar la juventud para la libertad. Una educación que no podría tener la persona como un objeto, sino como un sujeto que se constituye libre y autónomamente. De la misma forma, también finalizó la presentación de su mayor obra pedagógica, la Didáctica Magna, suplicando la bendición de Dios con el Salmo 66-67,1-2" (Ahlert, 2006: 53).

Así, la teología, comprendida como una educación "[...] construida sobre una visión de ser humano y de sociedad en la relación explícita con la fe cristiana en la perspectiva del Reino de dios" (Streck, 1994: 14), en confluencia con la ciencia de la educación dan la oportunidad a una reflexión interdisciplinaria cargada de resignificaciones para la educación. En este sentido la educación puede rescatar el sentido del ser humano, de los sueños de la humanidad, de las utopías sociales necesarias para una transformación eficaz de las estructuras que deshumanizan o disminuyen el ser humano. El diálogo sustentando en la esperanza como eje referencial posibilita rehacer la reflexión, superar las contradicciones, evidenciar nuevas preguntas y aumentar nuevas dimensiones a la formación docente como la meta de superar su crisis.

La Teología de la Esperanza de Jürgen Moltmann

Jürgen Moltmann es uno de los principales teólogos del siglo XX, reflexivo, aún vive en este inicio del siglo XXI. Nació en 1926, en Hamburgo, Alemania. Fue prisionero en un campo de concentración en Inglaterra. Estudió teología, transformándose en pastor de la Iglesia Luterana. En 1967 se recibió de profesor de teología sistemática en la Universidad de Tübingen. Como profesor de teología e investigador se transformó en el creador de la "Teología de la Esperanza". En esta obra publicada en 1964, y que lo hizo conocido como uno de los grandes teólogos del siglo XX, desarrolla las ideas de la realización del Reino de Dios como promesa fundamental de la Sagrada Escritura cristiana. En ella afirma la importancia de la escatología en la doctrina bíblica del Nuevo Testamento, la escatología, no como creencia en hechos concretos remitidos a los inicios de los tiempos, sino como un impulsor para la teología que sustenta la acción cristiana en el mundo.

Mientras que para los griegos la esperanza sale de la "Caja de Pandora" o, según Artístoteles, el "sueño de quien está despierto", para la filosofía cristiana la esperanza es el habla escatológica del futuro con Jesucristo. Ella trabaja la realidad de la resurrección de Jesucristo y anuncia el futuro de lo resucitado. Se produce, así, una fe apoyada en la esperanza. Según Moltmann, "[...] mediante la fe, el hombre entra en el camino de la verdade-

ra vida, pero solamente la esperanza lo conserva en este camino” (1971: 8). Esta fe nada tiene que ver con la fuga del mundo, con resignación o desistimiento de luchar a favor de la vida. La fe apoyada en la esperanza lleva al ser humano a involucrarse, a implicarse con la realidad. Por la fe la esperanza lucha por una realidad corporal y terrena, pues cree en la resurrección corporal. De ahí que posee esta esperanza no se satisface más con las leyes y las necesidades de esta tierra. No se acomoda ante la inevitabilidad de la muerte, ni acepta que los males que generan otros males sean vistos como naturales e inmutables. Es una esperanza que no trae quietud, sino inquietud; no trae paciencia, sino impaciencia; no calma el corazón, sino que es el propio corazón inquieto en el ser humano. “Quien espera en Cristo no puede contentarse más con la realidad dada, pero sufre por causa de ella y comienza a contradecirla” (Moltmann 1971: 8).

Mientras tanto, según el autor, se vive una especie de desesperación de la esperanza que se configura en la silenciosa ausencia de sentido, de perspectiva, de futuro, de un ideal. Sobra apenas el *tedium vitae* - el tedio de la vida. En el siglo XIX la presunción se evidenció mediante el idealismo alemán. En la mitad del siglo XX la literatura existencialista desarrolló la apostasía de la esperanza. Se decretó el fin de la esperanza. Los poderes del mal y la maldad humana decretaron la muerte de Dios, restando apenas el “pensamiento claro”, sin ninguna esperanza. Como si el pensamiento pudiese ser claro sin esperanza. Solamente la esperanza perseverante y segura de sí puede producir fuerza capaz de construir renovación y nuevos caminos.

La esperanza toma en serio las imposibilidades que quieren presentarse en todo lo que es real. Ella permite ver el movimiento, la latencia, las múltiples e inacabadas transformaciones de las cosas. “Ella no toma las cosas como en su estática o inercia, sino como caminan, se mueven y son mutables en sus posibilidades” (1971: 13). Y la esperanza y el pensamiento no son una utopía en el sentido de un “sin lugar”, sino que orientan hacia aquello que “todavía no tiene lugar” y que puede llegar a tenerlo.

El realismo positivista es ilusorio en su utopía, pues ve el mundo como algo fijo, dado, acabado, hecho de realidades inmutables. De esta manera no percibe el mundo de la vida, de las cosas, de los hechos, un enmarañado de múltiples procesos que hacen posible las transformaciones.

El gran obstáculo para una teología de la esperanza, y ciertamente para una pedagogía de la esperanza resulta de la humilde y resignada aceptación del presente. El recuerdo en el presente toma el ser humano en el pasado y solamente la esperanza puede proyectarlo hacia el futuro, hacia lo que todavía no existe.

Acá la teología centrada en la esperanza se constituye en una actualidad que no tiene igual. Hoy se vive sólo el presente. Los seres humanos están cada vez más presos en el presente. Un presente congelado, sin compromisos, sin responsabilidades, sin deberes, sin otras posibilidades. Se puede decir que la pedagogía, así como las demás ciencias humanas viven en un presente, frustrándose la proyección de un futuro.

Milton Santos apunta hacia eso en el contexto de la educación, más específicamente en la realidad de ser profesor. Él nos recuerda que vivimos cada vez más bajo la tiranía del dinero y de la información en red que ha generado pobreza, exclusión y miseria. La técnica ha conducido hacia lo que se opone a la vida matematizando la existencia y desarrollando un pensamiento meramente calculador. Ante eso, él desafía a retomar la búsqueda por la libertad y por la verdad, lo que es el destino del educador. Cuanto más libre sea el trabajo del profesor, más estará educando la ciudadanía. Cuanto más esclavizado sea su trabajo, más estará produciendo individualidades débiles (Santos, 1998).

De ahí la necesidad de rescatar la utopía, la esperanza, creyendo que otro mundo es posible. Los profesores precisan asumir su lugar de intelectuales en la sociedad, y para eso deben investigar y trabajar. Este trabajo de intelectuales y educadores debe estar fundado en el futuro. Los intelectuales miran hacia el futuro. No buscan el aplauso, sino únicamente la verdad. Por eso son "inadministrables". Los profesores como intelectuales son levadura de una verdadera e intensa actividad de investigación - enseñanza - investigación. Jamás renuncian a la crítica, pues renunciar a la crítica significará permitir el asesinato interno de la democracia. Significa, en un esfuerzo de interpretar, revelar la realidad (Santos, 1998). De ahí que, como intelectuales, los profesores precisan hacerse individuos sin ser individualistas. El individuo fuerte busca perfeccionarse diariamente. Eso significa hacerse consciente del mundo, de su lugar, de su comunidad, de la sociedad, de si mismo. Individuos fuertes no recusan opiniones opuestas, sino construyen otras y nuevas opiniones a partir de la confrontación de ideas, pues la crítica acelera la producción del pensamiento y eso se torna producción colectiva del pensamiento.

La formación docente está dentro del modelo del pensamiento del presente, lo que ha provocado grandes frustraciones, pues el resultado del proceso educativo es a largo plazo, o sea, no es instantáneo, en tiempo real como es la marca de la actualidad.

Según Moltmann, la objeción contra el futuro, contra aquello que todavía no existe, es un prolongamiento histórico del dios de Parménides, para quien "el mundo nunca fue, nunca será, pues ahora él existe como

un todo” (1971: 17). La filosofía, con Kierkegaard, intentó luchar contra el aparente engaño de la esperanza cristiana, afirmando la presencia sempiterna de Dios, capturado en el presente continuo.

Moltmann hace la misma acusación contra Ferdinand Ebner para quien “la vida eterna es simplemente la vida de lo absoluto presente, y concretamente es la vida del hombre en la conciencia de la presencia de Dios” (Moltmann, 1971:19).

Por eso la necesidad de abrirse camino en el tiempo y mover la historia, impulsado por la esperanza. La esperanza absorbe y sustenta los dolores de lo cotidiano y permite también esperar por lo inesperado. La esperanza empuja hacia el movimiento. Vivir en la fe y en la esperanza revela una vida que se hace historia y, de esta manera posibilita amar más allá de lo existente, de lo cautivo en el presente. Ella

“[...] hace posible un amor que es más de lo que philia, amor a lo existente y a lo semejante, pero ágape, amor hacia lo no-existente, amor hacia lo desigual, con lo indigno, sin valor, perdido, transitorio y muerto; un amor que es capaz de tomar para sí lo que hay de aniquilador en el dolor y en el alienamiento de sí, porque saca su fuerza de la esperanza en la creatio ex nihilo” (Moltmann, 1971: 21).

Esta esperanza significa la bienaventuranza para los excluidos. Constituyéndose en eje de sustento y conducción para cansados, sobrecargados, marginados, atormentados, hambrientos, desilusionados, depresivos, apuntando hacia una parusía fuera de este presente acabado. Y esta espera restaura la vida certificando que el presente no es un presente continuo, sino un abierto dialéctico.

En 2004 el propio Moltmann hizo un balance de los cuarenta años de su Teología de la Esperanza. Según él la Teología de la esperanza fue resignificada en los movimientos teológicos contextualizados, que buscaron revelar el sufrimiento humano, tanto en el “tercer mundo”, como en países llamados desarrollados. En América Latina surgió la Teología de la Liberación, iniciada con Gustavo Gutierrez en 1971. En los Estados Unidos, en el contexto del Movimiento de Justicia Civil, tomó forma la Teología Negra con Jim Cone. Así también en Corea con Ahn,Byun-Mu nació la Minjung-Theologie, en la India la Dalith-Theologie, en Japón la Barakumim-Theologie. Todas ellas movieron su contexto comunitario y social. “Ellas produjeron teología y la trajeron a la tierra. Ellas hicieron la verdad concreta: la verdad es siempre concreta cuando se trata de la verdad que libera” (Moltmann, 2004: 65). En este balance, Moltmann llama

también la atención sobre una situación grave que surgió en las últimas décadas y que solapa la esperanza, la liberación. Según él los cursos universitarios se transformaron en meramente cursos profesionalizantes, haciéndose agencias para el desarrollo de competencias. De este modo desaparece del estudio la curiosidad, el interés por el objeto, el placer del conocimiento, la investigación científica, la reflexión y la autonomía del pensamiento crítico. Todo se resume hoy al desarrollo de competencias técnicas.

Desafíos para la formación docente

La formación docente, frente a los desafíos que la actualidad plantea a los profesores, precisa de hacer las viejas estructuras de formación e identificar los estrechamientos para construir nuevas esperanzas. Los profesores necesitan, cada vez más, desarrollar capacidad crítica, autonomía de pensamiento, conocimientos actualizados, discernimiento entre lo que es superfluo (basura) en la formación, y lo que es emancipador para las nuevas generaciones.

“La profesionalidad que las nuevas condiciones sociales exigen es la capacidad de asumir una perspectiva crítica que, trabajando con conocimientos actualizados, permita enfrentar con sabiduría los problemas complejos, tomar decisiones oportunas y adecuadas e implementar soluciones socialmente negociadas que puedan transformar positivamente las realidades de cada contexto” (Sá-Chaves, 2002: 53).

Esto exige una formación docente capaz de romper con el paradigma cerrado y acabado del positivismo tecnocrático, para asumir una nueva racionalidad epistemológica que coloque en el orden del día una perspectiva interpretativa, cargada de un relativismo subjetivo y que caracterice el pensamiento complejo actual. En la actualidad, la formación docente precisa correr los riesgos de la fe, o sea, pegar el salto hacia lo oscuro; salto que permite romper con el presentismo. Es preciso contraponer al paradigma positivista, asentado en los mitos de la racionalidad, objetividad y verdades universales, perspectivas más relativizantes, y coherente con la capacidad reflexiva y argumentativa del ser humano.

Según Sá-Chaves (2002: 53), significa asumir un fuerte carácter emancipatorio construido en la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, que busca la transformación de la autoconciencia de los individuos de modo

a constituirlos para ser capaces de determinar colectivamente el tipo de vida que desea y el tipo de acciones que precisan realizar, para concretar las condiciones sociales que posibilitan vivir estas elecciones.

Esto requiere un cambio conceptual en la formación docente que desarrolle la capacidad de pensar, de tomar decisiones, de elaboración de proyectos de acción consecuentes, solidarios e innovadores, de reformular y evaluar proyectos y de reincorporar las subjetividades de las tradiciones sapienciales de la humanidad. La fragilidad docente en el contexto actual está en el proceso limitado de su formación, que históricamente ha estado centrado en la escolarización que privilegia la adquisición y el desarrollo de técnicas de enseñanza.

A nuestro entender, esto obliga a introducir en la actual formación docente el rescate de la utopías, pues las utopías fueron castradas históricamente por el control político, social, económico, ideológico y profesionalizante de los modelos formativos de los docentes. Urge un paradigma eficaz capaz de hacer la interrelación entre la teoría y la práctica. Se necesita una formación docente sustentada en una nueva racionalidad, que tenga como uno de los pilares la reflexión genérica que provoque el despertar de la conciencia del profesor (Sá-Chaves, 2002: 78). Y eso significa recuperar la utopía como condición de la posibilidad, para accionar la función productora de lo posible, llevando hacia el desarrollo de un pensamiento que afirma el futuro como una alternativa, como la diferencia del presente dado y acabado, de la emancipación, de la flexibilidad y de la reconstrucción y construcción cultural.

Conclusiones

Entendemos que una aproximación de la teología de la esperanza de Moltmann con la educación en el contexto de la formación docente posibilita un diálogo esperanzado para rehacer la reflexión, superar las contradicciones, enfrentar y descubrir nuevas tensiones y aumentar nuevas dimensiones a la formación de los profesores en la búsqueda por la superación de la crisis docente.

En resumen, nuestra investigación sobre la importancia y el sentido de la esperanza en cuanto tema central en la reflexión teológica de Moltmann, oxigena los temas pedagógicos que tratan el papel y la formación del educador, las metodologías, los modos de adquisición de conocimientos y la evaluación de estos procesos formativos, pues sus principios constitutivos están inmersos dialécticamente en las realidades humanas y sociales, teniendo como telón de fondo la investigación, el estudio y la acción, el

fundamentos en humanidades

papel del docente y educando como sujetos y la vida como un sistema dinámico que requiere el entendimiento de lo cotidiano, de los sueños, de los mitos y de las creencias.

La esperanza precisa ocupar el pensamiento para llevar el ser humano hacia la acción. Por eso la formación docente debe llevar hacia adentro de su subjetividad el tema de la esperanza, pues, como afirma Moltmann, “si es la esperanza que conserva la fe en la vida, la sustenta y la empuja hacia adelante; si es la esperanza la que introduce el creyente en la vida de amor, también debe ser la esperanza la que moviliza y empuja el pensamiento de la fe, el conocimiento y la reflexión sobre el ser del hombre, de la historia y de la sociedad” (1971: 23).

De esta manera, la esperanza se vuelve un eje sobre el cual se establece la interlocución de los saberes educacionales, como inquietud y tormento reflexivo. Con eso la esperanza abre horizontes de futuro, un futuro amplio y abierto.

La esperanza, según Moltmann, “[...] es llamada y capacitada para la transformación creadora de la realidad, pues posee una perspectiva que se refiere a toda la realidad” (1971: 25). De esta forma el autor incita la fe a un futuro abierto. Una esperanza de la fe que no se acomoda en las cosas del presente que,

“ [...] provoca y produce incesantemente ideales anticipatorios de amor a favor del hombre y de la tierra, modelando al mismo tiempo las nuevas posibilidades emergentes a la luz del futuro prometido, y tratando, en la medida de lo posible, de crear el mejor mundo posible, porque el que está prometido es posibilidad total. Ella, por consiguiente, siempre despierta la ‘pasión de lo posible’, los dones inventivos, la elasticidad en las transformaciones, la irrupción de la novedad después de lo viejo, el compromiso en lo nuevo” (Moltmann, 1971: 25).

A nuestro entender, esa esperanza nacida de la fe, que en la concepción de Moltmann se trata de la fe cristiana, también puede estar relacionada con la fe antropológica, pues, “[...] la fe es una dimensión antropológica inherente a todo el ser humano, sea cristiano, budista, ateo marxista, ateo secularizado, etc. Porque la fe es una estructura de valores significativos para la existencia humana, que muestra a cada uno lo que debe hacer y cómo debe estructurar su vida, además de ser un principio cognoscitivo que permite distinguir lo que es importante para cada uno” (Ahlert, 2007: 327).

fundamentos en humanidades

De esta forma la esperanza puede constituirse en un eje reflexivo para resignificar la formación docente y lanzar nuevas luces en la oscuridad en la cual se encuentra la profesión docente en nuestros días. Es preciso mirar más allá de los límites objetivos del enseñar y realimentar la dimensión subjetiva, para posibilitar la superación de la resignación, desilusión, cansancio y desgaste diario que la tarea de enseñar y aprender ha sufrido en estos tiempos tan inciertos, inseguros y complejos ♦

Referencias bibliográficas

Ahlert, A. (2006). Concepções sobre educação, ética e cidadania em Johann Amos Comenius. *Argos*. Disponible en: <http://www.scielo.org.ve/cgi-bin/wxis.exe/iah/>

Ahlert, A. (2007). *Fé antropológica como ponte entre fé e ideologia em Juan Luis Segundo. Teología y Vida. V. 48, N° 4*, pp. 321 - 336. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S004934492007000300001&lng=pt&nrm=

Gil, A. C. (1999). *Métodos e técnicas de pesquisa social*. 5 ed. São Paulo: Atlas.

Gutiérrez, G. (1983). *Teología da libertação: perspectivas*. 4 ed. Petrópolis: Vozes.

Moltmann, J. (1971). *Teología da esperança*. São Paulo: Herder.

Moltmann, J. (2004). Ein Klage lied zur Provokation: Vierzig Jahre Theologie im Wandel der zeiten. *Zeitzeichen*. Stuttgart, Deutschland: Kreuz Verlag, vol. 11, 2004, pp. 64-67.

Pozzoli, M. T. (2007). Transformar el conocimiento en la sociedad globalizada (Pensamiento Complejo y Transdisciplinariedad). *POLIS. Revista de la Universidad Bolivariana, Santiago, Chile*, Volumen 5, N° 16, pp. 163-192.

Sá-Chaves, Idália da Silva Carvalho (2002). *A construção do conhecimento pela análise reflexiva da práxis*. Coimbra, Pt: Fundação Calouste Gulbenkian.

Santos, M. (1998). O professor como intelectual na sociedade contemporânea. Anais Ix Endipe - Encontro nacional de Didática e Prática de Ensino. V III, pp. 11-28, Águas de Lindóia: São Paulo.

Streck, D. R. (1994). *Correntes pedagógicas: aproximações com a teologia*. Petrópolis, RJ: Vozes/CELADEC.

Streck, D. R. (2001). *Pedagogia no Encontro de Tempos: Ensaio inspirados em Paulo Freire*. Petrópolis: Vozes.